

Otra de sus novelas es Mi caballo, mi perro y mi rifle (1936), donde deja ver una perspectiva más de la Revolución. Publica en 1938 una novela que proyecta un personaje que Romero había conocido en Santa Clara del Cobre llamado Pito Pérez, pícaro y filósofo que se convierte en su máxima creación en la obra del mismo nombre.

Escribe poemas y otras obras más y ocupa por toda su creación literaria un destacadísimo lugar en las letras mexicanas.

“Pase ya el lector de las obras de José Rubén Romero. En ellas encontrará solaz y entretenimiento, y a través de la vida y el alma de México, elementos para comprender el alma y la vida del hombre de todas partes”.



LIBRO ALQUILADO

DESBANDADA

“No es para vosotros, hombres de la ciudad. . .

Gorki.

“Y de mí puedo decir que si alguna vez he deseado ser rico, es para señalar una renta a todos los que me han leído”.

About.

PERSPECTIVA

EL PUEBLO

Desde la enorme tribuna del Cerro de la Mesa, en donde los plátanos enarbolaban sus trémulos banderines, Tacámbaro abre todos los gajos de su tierra de promisión. A la derecha, el monte de Caricho levanta su copa de sombrero chinaco, galoneado con la verde toquilla de los pinos; los senderos de Tecario y de Chupio revuelcense perezosamente en el polvo, sin temor al ajuate de los cañaverales, y la Alberca, como un azulejo primoroso, brilla entre las encinas centenarias que sirvieron de palio a los amores de Inchátiro y Tacamba. A la izquierda, en primer término, el Cerro Partido muestra sus dos flancos impúdicos, opulentos y fuertes como las posaderas de una mujer, y el Cerro de Machúparo y el de Caramécuaro y el Hueco y el de la Laguna, ciñen al pueblo con sus fértiles laderas, como niños cogidos de las manos que jugaran en torno suyo a María Blanca, defendiéndolo de un diablo invisible que quisiera forzar los pilares de oro y plata.

Encaramados en la loma dos o tres molinos de trigo abren sus blancas ventanas, como palomares nostálgicos de una errante parvada de pichones, y una docena de trapiches* se agazapan en los campos cercanos, con sus chimeneas humeantes que semejan puros gigantes de fumadores ocultos entre los cafetos.

*Consultar Glosario.

A los pies de la Mesa, arrancando desde la misma falda del cerro, las calles forman una roja escalinata que parece de ladrillo de jarro, y son tan pendientes y quebradas, que no pueden transitar por ellas ni las carretas quejumbrosas de mansos bueyes pensativos, únicos vehículos existentes en el pueblo, ni las bestias de carga que los arrieros no se atreven a enfilear por dichos vericuetos, temerosos de que sus tercios emprendan, cuesta abajo, una rápida e imprevista carrera de obstáculos.

Descendiendo por la calle del Patriota se llega a la plazuela del Santo Niño, cuyos viejos portales sirven de zoco* a los indios de Patamba y Quiroga, impertérritos andarines que llegan a Tacámbaro con el huacal sobre los hombros henchido de cazuelas orejonas, de jarros de labios pellizcados y de ollas ventradas como de perentorio embarazo. En el centro de la plazuela tres mangos brindan su apretada sombra sin que nadie se atreva a guarecerse bajo su espléndido follaje, por miedo de recibir en la cabeza una descalabradura. Las gentes pasan por allí más que de prisa, oyendo cómo zumban las piedras en el aire con ruido de hélices invisibles, y mirando cómo los chiquillos asaltan las ramas de los mangos y esconden la fruta, aun sin sazonar, en las blusillas desjaretadas. Con estas pedreas*, los pobres indios que venden loza en los portales, viven sobresaltados, igual que reses paciando en solar ajeno.

La calle de la Abeja desemboca en la Plaza de Armas, y es tan empinada que las gentes bajan por ella a trompicones, como si las vinieran persiguiendo. Al llegar a la plaza se abre un ancho abanico de luz ante los ojos asombrados, luz entrometida que se cuele por todas partes sin dejar un rincón olvidado; luz que, después de bruñir las plantas del jardín y biselar el agua de la fuente que se despedaza en trozos multiformes cuando las aguadoras zambullen el cántaro, colúmpiase alegremente en los árboles, se descuelga por los balcones del Juzgado y recorta con sus tijeras de plata la silueta de los pilares.

El portal de arriba es la lonja de los comercios más aristocráticos: mercerías, tiendas de ropa cuyos propietarios, españoles o franceses, a fuerza de vivir tantos años en Tacámbaro, ya lo estiman como a cosa propia y tienen sus piques con los vecinos de los pueblos cercanos por aquello de que si Tacámbaro es más o es menos.

* Consultar Glosario

Por fuera de los comercios grandes, tienden los barilleros sus múltiples baratijas: órganos de boca, anteojos ahumados, peines, navajas del arbolito, y con más paciencia que Job, a quien no se ocurrió esta meritoria disciplina, dan comienzo desde media tarde a la tarea de levantar los puestos, envolviendo, uno por uno, cada botón de su ancheta y acomodando cada matatena en el hueco que le corresponde.

Atraen a los chiquillos con sus rajadas de calabazate, sus confites de anís pintarrajeados de azul y rojo, propios para celebrar con ellos un alegre carnaval dentro del intestino, y sus mazapanes de pepita, las mesas de dulces que estorban el paso entre pilar y pilar e interceptan la entrada de la farmacia de Emiliano, a quien, por su color amarillento, se conoce por La Muerte en Vinagre.

Es muy pintoresco el tránsito por el portal de arriba, lleno a toda hora de vendedores y marchantes, de rancheros curiosos y de tinterillos desocupados que salen a tomar el sol. Parece que Ollendorff pasó por este sitio, captando los diálogos que en él escuchara:

—Siete reales por el rebozo. . .

—Se me quemó la miel. . .

—Una aguja de arria. . .

—El Código así lo previene. . .

Y saliendo del fondo oscuro de la tienda de Chacapóndiro, la quebrada voz de un fonógrafo:

—Ven a mis brazos, morena. . .

En el portal de abajo está la botica de Brunito, en donde hacen su tertulia los liberales de hueso colorado que viven en el pueblo, amén de todos los pintos que vienen de Tierra Caliente para ver si Brunito les cura la jiricua con la manteca de iguana que él tan hábilmente adoba, recomienda y prepara.

En este mismo portal ofrecen los jarcieros la fauna extravagante de sus mercancías: gruesas reatas que parecen culebras; pitas enroscadas que dan el aspecto de solita-

rias puestas en alcohol; bozalillos de crin, como cienpiés mortíferos, y las membranas transparentes de los más finos huangoches. Los cordeles colgados de las puertas parecen trenzas rubias, y los sudaderos de estopa quizá despierten la envidia de las recuas de carga, mustias y doloridas de carona*. Como un pelotón de soldados, del cual no se vieran más que los pies, se alinean en el piso filas y filas de zapatos de becerro crudo, que los rancheros se prueban con grandes esfuerzos, al aire libre, untándose jabón en los talones.

—¿Los quiere con rechín?

—Si, p'que María me conozca al pasiarle la calle.

Complétase este lado de la plaza, con otro pequeño portal, viejo y ruinoso, en el que vive don Ponciano Manuel, un francés que casó con señora rica del pueblo, y que ama a Tacámbaro hasta parodiar a Enrique IV, repitiendo muy a menudo:

—¡Tacambagó, bien vale una missa! —y agrega este pintoresco estrambote, tan habitual en sus labios como su inveterada tagarnina: — ¡Calaco!

Frente a la casa de don Ponciano y mirando al callejón del Tulipán, existe un pozo de cantera en el que solía sentarse, hace ya más de un siglo, un hombre moreno, de abundante papada y ojos tristes, envuelto en un guardapolvo marchito y tocado con un pañuelo de pringas rojas. Mientras sus dedos chatos mondaban una lima-naranja, con la vista fija en el horizonte, parecía contar los cerros de Tierra Caliente, apacentándolos desde lejos como al hatajo en sus mocedades. Los vecinos que pasaban por la banqueta frente al hombre del guardapolvo desteñido, se descubrían reverentes y comentaban en voz baja: es el padre Morelos que va para su curato de Carácuaro.

Entre la plaza y la parroquia se agazapan los puestos del mercado, que semejan mulitas de Corpus desaparejadas y dispersas.

El portón gris del templo que sirvió de blanco a las culebrinas valonas, cuando Régules emuló gallardamente a Guzmán el Bueno, parece un abuelo achacoso, cacarizo y mutilado, que se obstina en contarnos sus recuerdos. Y en guardia, junto a la puerta mayor de la iglesia, dos árboles enlazan sus ramas igual que pareja de no-

vios que corre a casarse: un sabino enhiesto que baja hasta allí de la sierra con su escolta de pinos y de cedros olorosos, y una parota de amplia y femenina catadura, iniciación perezosa y sensual de la zona tórrida.

Cerca de la parroquia está la cárcel, con sus puertas de gruesos barrotes ferrados que cuadriculan las caras amarillas y tristes de los reclusos.

La capilla del Hospital sirve de huatapera a los indios, y en este sitio, como en un congreso, dirimen sus cuestiones todos los naturales del pueblo, y se insultan con los más fuertes vocablos españoles. Pero para rezar y contarle a la Virgen sus culpas, al són de la melancólica chirimía, emplean solamente el dulce tarasco nativo, con el zig-zag de su armoniosa fonética.

El panorama se completa con tres o cuatro barrios que han tomado sus nombres de comercios muy conocidos: La Bola Roja, La Palanca, El Marinero y La Campana.

La Bola Roja se enorgullecía con sus huertas de árboles compactos que se derren-gaban al peso de la fruta, y que el tifus de la guerra peló sin compasión, con las tijeras del general Prado y Tapia, para que las guarniciones federales pudieran dormir al abrigo de un balazo de los rebeldes. Los árboles, ahora desprovistos de todo follaje, parecen cruces de un cementerio abandonado.

En el barrio de La Palanca abundan los mesones, esas típicas hospederías de pueblo que diríanse fundadas por Francisco de Asís, para hermanar al hombre con la bestia. Todos tienen los mismos patios, llorosos de luna; las mismas rebosantes atarjeas*, a cuyo borde se enfilan las recuas* como los señoritos en un bar; en todos se respira olor idéntico a pastura y acorreaje sudado; de los macheros sale la misma música de rebuznos, silbidos e interjecciones, y en todos ellos flamea como buen capote de brega, el zagalejo de Maritornes, tan dadivosa de su carne en la íntima comunión de los arrieros.

El Marinero es un barrio peligroso, mancillado por todos los vicios. Mujeres de la vida alegre viven allí su vida de tristezas, y hombres con fama de perdidos endul-

zan su existencia con amargo de cidra. Pleitos a toda hora, rasgueos de guitarras, carreras y gritos. Sin embargo, los mendigos que imploran la caridad pública encuentran en estos alborotados callejones, un mendrugo de pan o un taco del paradójico principio, más fácilmente que en la plaza donde viven los ricos. No hay gentes más caritativas que el ladrón y la prostituta, quizá para contrarrestar su propio pecado.

Por el barrio de La Campana, suben las vacas lentamente, a esa hora en que el crepusculo ilumina el paisaje con sus lápices de colores. Caminan sin pastor y sin guía todas conocen su casa, y como no tienen prisa para llegar a ella, husmean pachorrudas detrás de las bardas, se asoman a todas las puertas, mirando con impertinencia de personas miopes, y no paran de mover las mandíbulas, lo mismo que esas gentes chocantes que mastican chicle.

Aquí quede Tacámbaro visto a vuelo de pájaro.

¡Sobre las rojas tejas que con la lluvia huelen a jarrito nuevo: sobre los campos moteados de azucenas; sobre el divino espejo de la Alberca en donde los siglos peinan sus cabelleras grises; sobre los trapiches crueles que lo mismo chupan la sangre del peón que la miel de caña, se extiende este cielo maravilloso de Tacámbaro, como un cortinaje de zafiro; y en las noches tranquilas, clavetado de estrellas, parece un arnero infinito por donde se filtra la luz de otros mundos!...

LA FAMA

Tienda de ropa y abarrotos.

Mi tienda ocupa el local más acreditado del pueblo, según dicen los conocedores, y por conocedores se pueden tomar desde los niños de ocho años hasta los viejos octogenarios que todavía platican de Maximiliano y de Carlota como de personas a quienes saludaron ayer. Mi tienda está muy bien situada, digo, y así lo afirman todas las gentes, con esa grande autoridad con que se discuten estas cosas en los pueblos, en donde no hay más que dos actividades de peritaje reconocido: el comercio y la agricultura.

Hasta los chicos que van por la calle dialogan en esta forma:

—Mi papá dice que va a helar y el maíz subirá de precio.

—¿Tú cómo lo sabes?

—Porque anoche le tentó las nalgas a mi mamá y oí cuando le dijo: tienes esto muy frío; seguro que mañana hiela.

Mi tienda tiene tres puertas en la fachada que ve al mercado y otra que da a la calle del Subterráneo, e interiormente, la he dividido en tres partes. En la primera, donde el mostrador se recubre con un hule de pequeños cuadritos marrones, despacho la manta, los percales y demás artículos finos, como el papel para novios, los ternos de porcelana —de dos piezas, aunque les llamen ternos— el hilo de carrete y los zapatos que manufacturan en León exclusivamente para mí, de una vida tan limitada, según dicen mis calcetines, que son como las letras de cambio: a treinta días vista. En este lado, apoyada en el mostrador, hay una vitrina donde guardo las piezas de listón, los alfileres, las hormillas* y las tarjetas postales decoradas con palomitas que llevan cartas de amor en el pico, corazones realzados y paisajes caprichosos de luna y nieve. Los tramos del centro de la tienda resplandecen como casullas de brocado y están repletos de latas de las que más consumo tienen aquí: pimientos morrones que parecen minúsculas barretinas catalanas, chiles jalapeños que podrían hacer llorar a una estatua de mármol, ciruelas de España que se aprietan dentro del envase como negros en una iglesia. Siguen unos tramos que exhiben los vinos, cuyas botellas alineadas simulan coros de opereta. Aquí los frascos encarrujados de moscatel de Sitges, las botellas de jerez revestidas de oro, como toreritos pintureros; más allá los vinos del Rhin, cuyos envases aristocráticos dan la impresión de galgos corredores; las botellas de champán que parecen antiguas señoras de amplia y discreta crinolina, y los tarros de Ginebra de La Campana, de pechos rotundos y henchidos como las nodrizas de Argovia. Sin embargo, cada vino tiene su truco y cada truco es para mi tienda un pingüe negocio. Se fabrican en casa a base de recetas increíbles, siendo solamente legítimos los corchos y las etiquetas. Con azúcar quemada, agua hervida, unos racimos de uvas pasas y un poco de alcohol, elaboro un vino de consagrar bastante acreditado que, después, en el templo, se convierte en Sangre Preciosísima de Cristo, para provecho del cura y mío. Doy su color topacio característico al catalán Font introduciendo dentro del barril una reata nueva de lechuguilla, y alguna vez hice coñac con infusión de alfalfa, siguiendo la receta de un manual poblano, pero resultó de un tono tan sospechoso y de un olor tan bucólico a ecuaro recién llovido, que tuve que renunciar a su explotación, resolviéndome a traer un coñac francés, que,

*Consultar Glosario.

si es cierto que es malo, con un poco de habilidad oratoria lo hago pasar por bueno y altero su precio según la etiqueta con que está envasado.

Tengo un cliente cuya pericia en la materia nadie pone en duda.

—¿Cuál de estas marcas prefiere?— le digo dándole a probar la misma bebida escanciada en distintas botellas.

—Lo bueno siempre es lo bueno— contesta con aires de suficiencia— déme usted el más caro. Y se lleva en catorce pesos una botella de coñac, cuyo valor intrínseco no pasa de uno. Confieso humildemente que estas operaciones emborronan un poco mi conciencia y supongo, haciendo honor al gremio, que los demás comerciantes son más honrados que yo.

En los otros casilleros de la tienda hay de todo, como en botica, desde el azul de Prusia, que sirve para el lavado de las ropas, hasta la flor de zarzaparrilla, que sirve para el lavado de la sangre. Y si algo falta de lo que piden los clientes, salgo a las volandas por el zaguán que da a la calle del Subterráneo, lo busco en donde lo haya y lo revendo con su tanto de utilidad. Según una máxima de mi padre, el secreto del buen comerciante está en no negar nada.

Algunas veces me asalta la fiebre del trabajo y no descanso un instante, ya sacándoles brillo a las balanzas, ya formando rimeros de tazas de vivos colores, ya limpiando los frascos de la Cariñena y del anís, también elaborado en casa; ya envolviendo medias libras de sal y de arroz para que los marchantes presurosos no se entretengan, o bien, partiendo en pequeños trocitos pilones de azúcar, atento a que el polvo no se desperdicie, pues con él fabricamos el más solicitado chocolate que vende La Fama.

Otras veces me invade una extraña pereza, y sentado a la turca sobre el mostrador, hago el balance mental de mis bienes, satisfecho de cuanto poseo. Pero ¿será posible —pienso con íntima fruición— que yo, que tantas privaciones he pasado, nade actualmente en la abundancia y disponga de plata como cualquier ricacho de pue-

blo? Y dicen ahora que soy trabajador, honrado e inteligente, cualidades que cuando era pobre no tenía ¡Oh, poder invencible del dinero, único Cristo que redime a los necios!...

MI CASA

Es de las mejorcitas del pueblo, con sus ventanas de vidriera y su zaguán claveteado a la usanza española. Comunica al almacén con una puerta que da al escritorio, y a la trastienda, por un portillo negro lleno de telarañas. Las habitaciones son frescas y espaciosas y caen todas a un patio, que más parece huerta que patio, en donde una lima, un limonero, un vástago, un guayabo y una pomarrosa se aprietan en tan corto trecho, que sus raíces se enlazan y se confunden debajo de la tierra. Sin duda por esto, las limas tienen sabor de plátano y las guayabas, al partirse, huelen a rosa de Castilla.

Poquísimos muebles dentro de las habitaciones, y humildes como de fraile franciscano. Unas cuantas sillas, la cama y un baúl de cedro para cada uno, que tanto nos sirve de guardarropa como de secreter. He puesto al mío una cerradura con campanita de alarma contra los ladrones, porque yo soy el guardián del dinero, y el de mi hermana tiene un espejo por dentro de la tapa, que lo transforma en tocador, para que ella se aliñe y se componga. Con esto, cuida cada quien lo que más le interesa.

Un kiosco de madera que hay en el centro del patio, bajo el rebozo desflecado de una gran camelina, nos sirve de comedor. Yo mismo labré y pinté de blanco las tablas de un tinajero, y en ellas lucen, finchados y altivos, los trastos de mi madre, aquellos viejos trastos que conozco desde la niñez; la conservera de cristal cortado que canta al más ligero roce; los platos azules de la China en donde nos sirven el arroz de leche, pecoso siempre de canela, y los pocillos translúcidos que a la hora del desayuno se atavían, como las majas españolas, con la blonda mantilla del chocolate.

¿Cortinas? El sol deja caer en las ventanas sus estores de oro; la luna sus diáfanos visillos de plata. ¿Alfombras? La sombra de los árboles del patio dibuja, sobre los pisos, curiosos y complicados arabescos. En un rincón del corredor hay una jaula con canarios. Es de mi hermano a quien, según parece, Dios encargó que velara

por todos los animales. En el otro extremo del mismo corredor un filtro de piedra estudia, con el monorrítmico caer de sus gotas, su invariable lección de piano.

No hay fuente cantarina que nos sirva de baño. Detrás del biombo que forman las hojas del vástago, nos desnudamos paradisiacamente y con el agua de un barril y una pequeña jícara, nuestra ablución matinal parece un rito de la secta bautista. Cuando quiero sentir la caricia del agua de pies a cabeza, corro a zambullirme en el río, al mismo tiempo que unos cuantos chiquillos cuyos ojos maliciosos me dicen que están salando la escuela.

Los chicos me ven con familiaridad y me cuentan todas sus cosas, a partir de una vez que me bañé con ellos y conversamos pintorescamente:

—Es usted el señor de La Fama, ¿verdad?

—¿De la buena, o de la mala fama?

—No, señor, el de la tienda.

—Sí, amiguito.

Todos entonces me cercaron, luciendo a flor de agua sus barrigas requemadas de tepocate.

—Señor, dicen que usted cuenta muchas maldituras y que sabe hacer versos.

—Díganos unos, pero que sean colorados.

No me hice rogar más:

Cuando los muchachos juntos
vienen a bañarse al río
unos a los otros dicen:

¡Ya está jiloteando el mío!

Ellos bajaron los ojos en un rápido registro que me incluyó, y soltaron alegremente la carcajada.

Lo más notable de la casa es el retrete. Tiene la forma de una mesa cuadrada, con capacidad para cuatro personas que, si lo usan simultáneamente, se dan la espalda, lo mismo que los frailes que rodean la estatua de Colón, en la ciudad de México.

Los ruidos serán perceptibles, pero ninguna mirada indiscreta sorprende el gesto de satisfacción en el momento culminante del desahogo. En tan propicia postura mi padre y mi madre, mi hermana y yo, glosamos cotidianamente los sucesos del día.

Dos criadas. Lina y Aurelia, corren con el trabajo de la casa. Con el trabajo honesto nada más: barrer, cocinar, planchar. Lo digo porque suelen algunos amos exigir que las fámulas prolonguen sus servicios durante la noche en ocupaciones personales que muy bien requieren salario aparte.

Recuerdo el caso de un joven vecino nuestro, a quien encantaban estos nocturnos devaneos, y como con frecuencia sorprendíalo la madre, para vigilarlo mejor, lo acomodó a dormir dentro de su misma alcoba.

El joven era dueño de una preciosa chivita murciana, negra como el azabache, que recorría libremente todas las habitaciones, igual que un duendecillo travieso.

Una noche mi joven vecino quiso llevar a cabo una de sus viejas y tan gustadas escapatorias. Había criada nueva en casa y era preciso probar con ella fortuna. Esperó, pues, a que la madre durmiera, y en cuanto así lo tuvo comprobado, inició con sigilo el descenso de la cama, que rechinaba indiscretamente, negándose a guardar el secreto. Aguzando los oídos y abriendo tamaños ojos, aquí tentaleando y más allá torciendo el cuello a un suspiro que también intentaba denunciarlo, el nocturno viajero llegó hasta el centro de la habitación. Un paso más rumbo a la puerta, otro aún, pero ya cuando el éxito estaba cercano, una silla se interpuso y ¡oh, desesperación! rodó por el suelo.